

corte de Paris, y tan celosos de los derechos, como olvidados de las obligaciones de su gobierno, se apoderaron de la aduana de Veracruz, empezaron á recaudar sus productos, y quisieron extender su poder hasta la aduana interior de México, quedando desvanecidas sus amenazas por el buen sentido del comercio nacional y extranjero, que se compuso con el gobierno imperial, en vez de precipitarse por la pendiente que le marcaban los agentes franceses. Una sola casa, la del norte-americano Lhose, ocurrió á la comandancia francesa, para sacar, como sacó, sus efectos depositados en la aduana de México, escoltada por tropa de Bazaine.

XV.

No acabaremos este opúsculo, sin decir á nuestros lectores de ultramar la ingerencia que los gefes de la intervencion tomaron y toman en el gobierno de México contra su mision y contra lo convenido en Miramar. Supuesto el propósito de la corte de Paris, de destruir el gobierno de Juarez y favorecer el establecimiento de otro que fuese monárquico, era natural é indispensable que el comandante en gefe tuviera en el principio cierta ingerencia política. Mas establecido el gobierno provisional, instituida la regencia, y ocupado el trono por Maximiliano, ninguna autoridad gubernativa debió ejercer el gefe del ejército aliado. El mariscal Forey cumplió su mision. Luego que existió gobierno mexicano, se abstuvo de todo negocio político, y los que le ocurrieron, los remitió á las

autoridades respectivas. El gobierno provisional y la regencia tuvieron un apoyo leal y no un tutor mezquino en Mr. Forey. Nos complacemos en hacer esta honrosa memoria del digno mariscal, que ha dejado en México agradables recuerdos.

Los desórdenes que Bazaine y Budin habian provocado en 1863 en el gobierno mexicano, precisaron al Emperador Maximiliano, á poner en el tratado de Miramar, la prohibicion de que el gefe del ejército se mezclara en el gobierno mexicano, y el acuerdo de que las operaciones militares se dispusiesen de conformidad entre el gefe de la nacion y el del ejército. A los dos preceptos faltó Mr. Bazaine; porque él y sus subalternos se abrogaban la autoridad mexicana, y el Mariscal ha contado muy rara vez con el Emperador, en sus disposiciones de campaña. Esta, segun los inteligentes, no es de las que mas puedan lucir en los anales militares de Francia. Muchas veces el Emperador reclamó al Mariscal sus desaciertos, y propuso algunas providencias: todo fué por demas, porque Bazaine hizo lo que le plugo, y casi nunca lo que disponia el Emperador. La correspondencia de S. M. con S. E. prueban esta insubordinacion del Mariscal.

El atropellamiento á las autoridades mexicanas, por parte del Mariscal y de algunos gefes franceses, ha llegado al punto de aprisionarlas. El disponer á su arbitrio en los pueblos, sin contar con su autoridad, quebrantando las leyes del país, ha sido mas frecuente. Y no ha sido raro, que los comandantes franceses multen á vecinos inocentes por hechos ajenos, quedándose con las multas; ni el mandar confi-

nar, encarcelar, y aun fusilar mexicanos pacíficos, que ninguna culpa tenían, sin que para todos esos atentados precediera informe de la autoridad civil mexicana. Siendo tantos los excesos, no sabemos que el Mariscal haya reprimido ni castigado alguno: y por eso no debe sorprender la decadencia notabilísima que sufrió la moral del ejército expedicionario, después de la ausencia de Mr. Forey.

Recientemente, después que en forma vergonzante anunciaron los agentes franceses, en la *Ere Nouvelle* que había cesado absolutamente la intervención, y que ellos permanecerían en el país como unos transeúntes, todavía decretaron prisiones de autoridades y ciudadanos mexicanos, exigieron la libertad de presos por conspiración, y suprimieron periódicos imperiales, todo atropellando las leyes mexicanas y del modo más ridículamente torpe.

Graves faltas son las que hemos referido; pero hay otras que vamos á contar por conclusion. No sabemos si por coincidencia, ó por efecto de las victorias de la Prusia, la corte de Paris adoptó desde entonces un sistema de hostilidad á la corte de México. Desde Julio de 1866 el mariscal Bazaine, sin aviso previo al Emperador Maximiliano, abandonó las fronteras, los principales puertos y las capitales departamentales, no solo sin dejarlas guarnecidas, sino sin permitir que lo quedaran. Recogió las armas, que algunos pueblos compraron, sin entregarlas al gobierno imperial: negó un fácil auxilio á pueblos amagados por los disidentes: dió salvoconductos á enemigos declarados del imperio: entró en relaciones con ciertos jua-

ristas: retardó de hecho el armamento mexicano, que ofreció entregar luego: inutilizó parte de nuestro material de guerra: quemó y echó al agua mucho parque francés, en vez de venderlo al gobierno mexicano. De modo, que el jefe del ejército expedicionario, que vino á sostener el Imperio mexicano, según el tratado de su Soberano, por orden de este mismo Soberano defeciona al Imperio, y se retira sin obtener el perdón y el favor de Juárez, cuyo efímero poder no reconocen ni todos sus mismos partidarios. Tal es hasta hoy el efecto político de la expedición en que Napoleón III cifraba tanta gloria para su reinado.

Dentro de pocos días, el ejército expedicionario estará en las costas de Francia. Todas las clases y todos los partidos de la nación le interrogarán sobre su campaña. Contarán hazañas prodigiosas. ¿Pero cuál es el fruto de estas hazañas? Los franceses patriotas dirán: fuisteis á contener el incremento de los Estados-Unidos, y os venís antes de tiempo, de miedo á los Estados-Unidos: fuisteis á garantizar los intereses europeos, y los dejais tan inseguros como antes: fuisteis á defender los intereses franceses, y los dejais peor de lo que estaban: fuisteis á poner en alto grado la influencia francesa en México, y la dejais nulificada, y despreciado el nombre francés. ¿Traeis al menos el dinero de la deuda primitiva? No. ¿Quedó siquiera garantizada y en vía de pago? Tampoco. ¿Qué habeis ganado para la Francia en esa campaña de cinco años? ¿En qué habeis consumido tantos millones de francos, y por qué habeis derramado tanta sangre francesa?..... La respuesta se resiste al

gefe del ejército y al gobierno de Francia. Pero la historia responderá quizás no muy tarde. De toda esa expedición se ha sacado, dejar á los Estados-Unidos mas engreidos, á los mexicanos mas divididos, los intereses franceses mas inseguros, la influencia de la Francia nulificada en el Nuevo Mundo, la deuda mas crecida, las armas menos respetadas. Luego regresais á la patria sin dinero y sin gloria. ¡Désdichada expedición! No culpeis de ella al ejército. Pensad en su Soberano y caudillos principales.

XVI

Hemos escrito sin pasión. Hemos referido lo que consta en documentos irrefragables, y lo que han presenciado algunos millones de testigos, entre mexicanos y extranjeros. El cuadro que hemos trazado, no es muy placentero para el orgullo francés. Lo sentimos demasiado: porque si para la corte de Francia es la deshonra, para México ha sido el perjuicio. Sin duda que hay mucha culpa en esto; pero no es del Emperador Maximiliano, ni de los mexicanos. Los franceses sabrán quiénes sean los culpados. Maximiliano no ha podido evitar tanto mal, aunque ha redoblado sus esfuerzos para impedirlo ó repararlo. Solo una cosa pudo evitar y ha evitado, complicarse en esa responsabilidad y en la deshonra consiguiente. Los agentes franceses anhelaban tener á quien echar la culpa de sus desaciertos. Se habrían regocijado de que el Emperador Maximiliano hubiera huido de Mé-

xico, abdicando ó sin abdicar: esto les habria ofrecido la brillante ocasion de cargarle con todas las culpas del mal éxito de la expedición francesa. Todos sus ardidés y agencias con tal objeto fueron vanos. Maximiliano, fiel á su mision, á su compromiso con los mexicanos é indemne de las culpas referidas, resolvió quedarse gobernando, hasta que la nacion debidamente representada, dijere si continúa ó no el Imperio. El Emperador podrá conservar ó no su corona, pero indudablemente conservará su honor. Y si logra fundar en México un gobierno estable, habrá hecho la obra gloriosa que la corte francesa imaginó, pero no supo realizar.

México, Febrero 2 de 1867.

Un Mexicano. (X)

(X) Con este pseudonimo firmaron:
P. Basilio Arrillaga, S.J., y
Pbro. Anastasio Maria
Dehoa. -

*Si, si
logró conservar el
HONOR.*



